

LA ETIMOLOGÍA DEL NOMBRE MONT

Por

R. MONTERO

BUSTAMANTE

(Especial para LA PRENSA)

Montevideo, diciembre de 1925.

EL sentido crítico no es atributo que abunde en este país. A ello se debe que por lo general nos hallemos en los extremos del juicio. Así se trate de política, literatura, arte o simples materias, personas u objetos que caigan bajo la jurisdicción del juicio público, éste se producirá casi siempre por vía de reacción violenta, sea en el sentido del elogio como en el de la censura. Aquí solamente conocemos el ditirambo y la diatriba; en cambio, ignoramos ese prudente y sabio término medio que es el verdadero *mis au point* de la crítica y que por lo menos revela que el juicio se ha acendrado y desprendido de todo elemento pasional que lo desnaturalice u oscurezca.

Esta ausencia de sentido crítico no impide que se discuta y controvierta. Este pueblo es muy dado a la contradicción y a las sutilezas dialécticas, con lo que no desmiente su tradición hispánica. Nosotros todo lo hemos discutido y lo discutimos, sin que nos detenga la calidad del objeto de la controversia. Por ejemplo, es notorio que se halla abierto, y lo estará por mucho tiempo todavía, el debate sobre la fecha en que fué declarada la independencia nacional. No ha habido medio de ponernos de acuerdo sobre este punto, y entretanto, lo que se ha conseguido con el debate, en el que la crítica histórica ha sido elemento completamente secundario, es que no se haya celebrado con la solemnidad debida a su singular significado el centenario de 1825, y que se corra el peligro de que el Uruguay no celebre dignamente en ninguna fecha, su primer siglo de independencia.

Otra discusión ya iniciada, y que sin duda ahora va a reanudarse, es la que se refiere a la fecha de la fundación de la ciudad de Montevideo. Tampoco hemos podido ponernos de acuerdo sobre este punto, y unos sostienen que el año de fundación fué el de 1724 y otros el de 1726. En realidad, esta dis-

cusión se justifica un poco. No se conoce el acta de fundación de la ciudad, y no existen elementos documentales que se refieran expresamente a las ceremonias simbólicas que era uso y costumbre tradicional celebrar en el acto de erección de las ciudades españolas en América. Los cronistas e historiadores padecieron con este motivo tal confusión que algunos retroceden hasta 1717 para establecer el día de la fundación y otros se remontan para hacerlo hasta 1730. Sin embargo, la fecha generalmente aceptada es el 24 de diciembre de 1726, día en que don Pedro Millán, en cumplimiento de las instrucciones que le fueron impartidas por el gobernador de Buenos Aires, don Bruno Mauricio de Zabala, procedió a fijar el término y jurisdicción de la ciudad, repartir los solares entre los primeros pobladores y dar a éstos posesión de la tierra.

El Instituto Histórico y Geográfico de Montevideo declaró oficialmente en 1919, al pie de un extenso informe que tuve yo el honor de redactar, y de acuerdo con las conclusiones del mismo, que en tanto no aparezca un acta solemne en la cual se establezca el día de la fundación de la ciudad, todos los antecedentes históricos conocidos autorizan a aceptar el día 24 de diciembre de 1726 como fecha inicial de la vida orgánica de la ciudad de San Felipe de Montevideo. Parece que esta declaración oficial emanada de un instituto académico, que fué aceptada por el gobierno municipal de Montevideo, debiera haber resuelto la duda. Sin embargo, ella ha sido impugnada por quienes sostienen que fué en enero de 1724 cuando quedó fundada la ciudad de Montevideo, por haber sido esa la fecha en que el gobernador Zabala ocupó y fortificó el lugar donde hoy se levanta la ciudad. Zabala dictó el 28 de agosto de 1726 el auto de erección de la ciudad, en el que se contienen las mercedes que el rey otorgó a los primeros pobladores de Montevideo. El resultado de esta controversia es que peligre también la celebración del segundo centenario de la fundación de la ciudad, que se proyecta realizar el año próximo, y que ya no podría retrotraerse al pasado año 1924.

Si la fecha de la fundación de Montevideo ha sido y es motivo de duda y discusión, no lo ha sido menos el origen de la designación o nombre de la ciudad, asunto sobre el cual mucho se ha imaginado y escrito. Ahora mismo acaba de publicarse un interesante libro en el que su autor, después de examinar doctamente el asunto, expone treinta y seis interpretaciones personales de la etimología de la palabra Montevideo, a más de algunas otras que se reserva o anuncia someramente

a guisa de epílogo. Este curioso ensayo de interpretación paleográfica e histórica, y sobre todo de dialéctica, se titula "La etimología del nombre Montevideo. Pistas y sugerencias para rastrearla en un primitivo Mot. ví. di." Su autor es el doctor Buenaventura Caviglia hijo, poeta y hombre de letras, que tiene la originalidad de escribir bellos libros y hacer de ellos ediciones restringidas que solamente circulan entre sus amigos. Se recuerdan de él deliciosos versos tocados por una sensibilidad muy fina, escritos casi siempre en viaje, fechados en ciudades exóticas, en la habitación indiferente del hotel, en la cabina del barco, en el tren que corre a todo vapor, breves poemas en los que perduran las vibraciones de este espíritu vagabundo que ama la renovación constante del paisaje. Este mismo libro ha sido concluído en el océano, a bordo de un trasatlántico y está fechado en Sevilla y Madrid. El poeta ha tenido ahora la originalidad de entregarse a una febril investigación en archivos, palimpsestos, expedientes, manuscritos y ediciones eruditas, hasta saturarse de textos arcaicos que han dejado rastro en la prosa tersa y castiza del libro, escrito con aparente despreocupación de forma, pero trabajado con el ahínco de un humanista del siglo de oro. Ha realizado así una meritoria obra de investigación histórica, y lo que no es común en tales libros, un noble ensayo de prosa castellana.

Etimología de la palabra Montevideo—

Mucho se ha escrito acerca de la etimología de la palabra Montevideo. El doctor Daniel García Acevedo refundió, en un estudio publicado hace algunos años en la "Revista Histórica del Uruguay", las diversas transformaciones sufridas por esta designación geográfica desde la primitiva versión documental conocida, que es "Monte vidi", y que se remonta a 1520. Veamos siquiera algunos de los antecedentes y versiones etimológicas conocidas, para apreciar luego el estudio del doctor Caviglia.

En las páginas del Diario de Francisco Albo (1520), relativas a la permanencia de la expedición de Magallanes en el Río de la Plata, se halla consignado por primera vez el nombre "Monte vidi", atribuído al Cerro que vigila nuestra ciudad. "En derecho del cabo, — dice el manuscrito —, ai una montaña hecha como un sombrero al cual le pusimos nombre Monte vidi (corrutamente llamado ahora Santo vido)". Este Monte vidi primitivo sufrió muchas modificaciones, algunas de ellas completamente arbitrarias, hasta llegar a la forma actual Montevideo, que quedó fijada en los primeros años del siglo XVII.

En cuanto a las interpretaciones etimológicas del nombre, son numerosas. La tradición más difundida dice que el origen de Montevideo fué la exclamación que dió el vigía portugués de la expedición de Magallanes al avistar nuestro cerro: "Monte vide eu". Esta versión es la popular y corriente en los textos de historia, y la oímos repetir todos los años en las aulas y en los exámenes universitarios. Otra versión, acaso más respetable, sostiene que la exclamación originaria fué lanzada en latín: "Montem video". Esta versión fué recogida por Concolocorvo, en su "Lazarillo de ciegos caminantes", la repitió Alejandro Dumas en su libro "Montevideo o una nueva Troya" y acaba de sostenerla con rara erudición y mucha elocuencia el doctor Carlos Travieso en un libro de reciente data. El señor Paul Grousseau, que en un principio aceptó la etimología castellana "Monte veo", luego concluyó por afirmar que el nombre originario fué "Monte de San Ovidio", simplificado en "Monte Vidio" y finalmente convertido en "Monte video" y Montevideo. Hay muchas otras interpretaciones y opiniones en las que se pone a contribución el italiano, el francés y hasta el araucano, pero las expuestas bastan para demostrar que el tema es de los que estimulan la imaginación y viene de perlas a gente amiga de discutir.

Las nuevas interpretaciones—

El estudio etimológico realizado por el doctor Caviglia se basa en el examen personal del manuscrito del Diario de Francisco Albo, en el original que se conserva en el Archivo de Indias de Sevilla. El autor ha hallado en este manuscrito una notación que hasta hoy ha pasado inadvertida a los copistas, notación que consiste en un trazo final sobre la palabra "vidi", signo manifiesto según el doctor Caviglia, que ha ~~hecho~~ detenidos estudios paleográficos, de una abreviatura. Esta simple notación ha bastado para lanzarle a una compleja obra de reconstrucción imaginativa, sin perder por ello de vista la más severa disciplina científica. En primer lugar, le ha dado elementos para impugnar, con mucha eficacia, todas las interpretaciones etimológicas conocidas. Y luego, eliminadas las versiones, aun las más respetables, ha podido formular sus treinta y seis hipótesis, basadas en "el sentido que "pudo encerrarse" en la "supuesta fórmula abreviada contenida en las cuatro letras "vidi". Recuerda el doctor Caviglia que el uso de las siglas o abreviaturas es común en los cartógrafos y geógrafos de la época de los descubrimientos. Algunas de esas siglas son verdaderamente curiosas, y suelen convertirse en verdaderos enig-

mas, o, por lo menos, en jeroglíficos. Por ejemplo, no es fácil descifrar en esta sigla "Capo da le ijm vir" que se lee en el mapa de Pigafetta, de la edición del manuscrito ambrosiano, la designación geográfica en italiano "Capo dalle undicimila vergini".

Para el autor, la partícula "vidi" del manuscrito de Albo, es una sigla semejante a la mencionada de Pigafetta, y por lo tanto el problema estriba en descifrar la misteriosa abreviatura. Lo grave del caso es que el poeta paleógrafo ha hallado demasiadas soluciones al problema. Y tantas ha hallado, que él mismo se ha visto obligado a clasificarlas en tres grupos: las que se basan en la suposición de que las dos letras iniciales de la partícula son la simple notación náutica "vi, vimos, avistamos" y el resto corresponde al sentido "en tal ocasión, en tal fecha"; las que suponen que la sílaba "vi" es el número romano VI o su ordinal "sexto", y las que sostienen que la misma sílaba es la abreviatura de la palabra "virgen". Al primer grupo pertenecen las siguientes interpretaciones: "Monte vi día Candelaria", "Monte vi dos Febrero", "Monte vi día Juan Apóstol", "Monte violo Juan Diaz Yolis"; al segundo grupo pertenecen las siguientes: "Monte sexto destas Indias", "Monte del sexto día", y al tercer grupo corresponden estas otras: "Monte Virgen de Inmaculada (Concepción)", "Monte Virgen de Candelaria". Sobre estas interpretaciones principales, que el autor documenta con recomendable probidad histórica, se desarrollan las numerosas hipótesis que son sus derivados, y todo ello da motivo al doctor Caviglia para hacer interesantes y eruditas digresiones. Pero a vuelta de discursos y dialéctica, el autor se pregunta: "¿Por qué pista me decido?" Y contesta resueltamente que, además de reconocer en la partícula "vidi" la notación náutica corriente relativa a "una figura de la costa", prefiere, entre todas, ésta: "Vi (o vimos) día Candelaria", o su variante: "Virgen de Candelaria".

Así resuelve el debatido problema de toponimia histórica el doctor Caviglia, quien concluye su erudito trabajo con esta arcaica y sabrosa cláusula de Alonso de Santa Cruz: "Resta agora rogar amigablemente a los que esta obra leyeren, que reciban de mí la buena voluntad con que en ella me he trabajado y si en alguna parte hallaren descuydo o hierro algunos benignamente me avisen de ello o catholicamente lo suplan y enmienden".

Y puesto que así lo pide el autor, concluyamos diciendo que este ensayo, con todo que peca de profuso en la interpretación paleográfica y también en la inventiva personal, es, sin duda, el más completo, y, desde el punto de vista técnico, uno de los más respetables de cuantos se han escrito sobre la etimología del nombre de nuestra ciudad.